

# Morgan, Gaviota y el tigre de bengala

---

Alberto Garrandés

MORGAN PÉREZ, EL VIEJO POLICÍA, HABÍA VISTO FUGAZMENTE A UNA JOVEN DE vestido azul mientras cruzaba, lleno de sueño y buenos pensamientos, la avenida en dirección a su casa. Aunque la noche no daba para más, aunque le dolían los huesos, aunque una joven de vestido azul no constituía nada raro, el policía se inquietó.

Entre los dedos de la joven nacía algo que se perdía tras ella. Era un dogal levantado por un cuerpo invisible.

El vestido azul y sus formas ocupaban una esquina en sombras del Parque Central. La ronda de Morgan terminaría a las cinco, poco antes del amanecer. Sin embargo, aun cuando ya eran las cuatro y dieciocho, Morgan siguió pensando en su cometido habitual.

Por eso dio media vuelta y se acercó.

(Morgan tenía fama de ser un hombre muy obstinado.)

La luz de su linterna cayó sobre la joven, que no pasaría de los veinte años, y sobre un inequívoco tigre de Bengala.

El viejo policía sacudió la cabeza, negando.

—Qué cosas se te ocurren, Morgan —dijo en voz baja para sí. Pero las imágenes de la joven y el tigre persistían. Se trataba de una figuración terca y Morgan movió la linterna:

—Usted no se habrá metido en problemas, ¿verdad? —preguntó, larga la respiración y pensando que ella era una especie de jinetera.

—¿Yo? Imagínese... — dijo la joven. Pestañeaba.

Su candor emocionó a Morgan, que empezó a atenuar, convencido de su error, el brillo de la luz:

—Bueno, hija, es que a estas horas...

Quedó balanceándose y casi sonreía. Evitaba mirar hacia donde debía de hallarse el tigre de Bengala.

—Yo suelo pasear a estas horas en compañía de Roberto— dijo ella inesperadamente.

Morgan tembló, la voz en un hilo:

—¿Roberto?

—Mi tigre se llama Roberto.

Roberto asintió. Había bostezado con evidentes colmillos.

—Buen disfraz —comentó Morgan. Tenía sesenta y cuatro años y aún dudaba.

Su mujer se lo decía continuamente: «no dudes, Morgan».

—Tóquelo —lo invitó la joven—. Es auténtico y muy manso.

Con lentitud reflexiva, sin apartar los ojos del tigre, Morgan ocupó un banco cercano. La joven se presentó:

—Me llamo Gaviota.

—Mucho gusto —contestó él.

Ella había extendido su mano libre y Morgan se apresuró a rozarla. *Tendrá frío*, pensó.

—No me ha dicho su nombre.

Morgan se lo dijo.

—Primera vez que oigo el tuyo. Gaviota...

—Es bonito, creo.

—Seguro. Pero es extraño.

«No dudes, Morgan», repetía su mujer, y el hombre cerró los ojos unos segundos. Pensaba en ella, en Obdulia.

—Soy policía.

—Se ve.

—¿Vives cerca, Gaviota?

—Por aquí mismo, más o menos.

El tigre no se había marchado y Gaviota acariciaba a Morgan con la mirada.

*Ahora me levanto y salgo del parque como si nada hubiera pasado*, pensó. Sin embargo, Roberto volvía a bostezar.

—Bueno —dijo Morgan y se aclaró la garganta—, ¿de veras es tuyo ese animal?

—¿Se refiere a Roberto?

La pregunta de la joven del vestido azul ostentaba el matiz propio de quienes se ofenden siempre aristocráticamente.

—Sí.

—Me acompaña. Es mi amigo.

—Usted vive con él —supuso Morgan. Interrogar le daba una renovada seguridad en sí mismo.

—Duerme a mis pies —ironizó la joven.

El tigre de Bengala observaba a Morgan desde una realeza muy despectiva, y éste se turbó.

—En mi casa somos yo y mi mujer —dijo.

—Roberto y yo nos llevamos muy bien.

—Mi mujer es alcohólica —confesó Morgan repentinamente.

Se habría podido decir, en medio de otros pensamientos: *mi mujer es un tigre*. Y disfrutó, a continuación, con la posibilidad de añadir, mirando los ojos casi tristes de Gaviota: *mi mujer es una tigresa peor que su tigre*.

—Roberto y yo estamos muy solos.

—También nosotros. Obdulia apenas tiene amigas. Hijos no quisimos. Y yo... Hizo un gesto de aflicción.

—Ni Roberto ni yo tenemos amigos. Aunque a veces nos buscan y todo cambia.

—Me alegro. O sea —Morgan rectificó—, me alegro de que a veces sea distinto.

—A veces es distinto, sí.

Hubo silencio de parte de ambos, un silencio matizado por autos lejanos.

—Estamos en situaciones parecidas.

Roberto asintió por segunda vez y Gaviota, divertida, fingió no ver la cara marchita y blanquecina de Morgan.

—Tiene razón —Reconoció.

—En fin, la vida es así. Soy un hombre viejo y lo sé.

—Un hombre viejo al final de su vida, ¿verdad?

Morgan había sentido un leve escalofrío y dudó. Eran ya las cinco.

—Verdad —Susurró.

Gaviota y Roberto se miraron:

—¿Por qué no viene a casa un momento? Tengo té y café de varias marcas...

*Es jinetera, evidentemente*, pensó Morgan con rapidez. El interrogador de otros años todavía se encontraba en el centro de su cuerpo gastado, como un aventurero ágil. E imaginó a Obdulia, las palabras desapacibles y zafias de Obdulia.

—No será muy lejos, ¿eh?

A esa hora el Paseo del Prado se hallaba desierto y los tres —Morgan al lado de Gaviota, el tigre atento, ella calmosa —se adentraron en la arboleda, camino al mar.

—Pequeña y cómoda —dijo Morgan luego de entrar, sentarse y echar una ojeada en torno. Se trataba de uno de esos apartamentos que, como celdas de panal, saturaban los más viejos edificios de La Habana.

Gaviota soltó el dogal y el tigre de Bengala se tumbó, soñoliento, junto al sofá.

Miraba de nuevo fijamente a Morgan.

—El té es ruso, y lo sirvo con galleticas de mantequilla y coco.

—No entiendo de esas cosas —objeto Morgan casi lastimosamente—. Perdona.

El rostro de Gaviota se ensombreció.

—No, no se ponga triste, por favor. Mire usted, yo... no podría así —murmuró sin que Morgan comprendiera.

—Tú eres, ¿cómo se dice?, refinada... yo tomo un buchito de café en un vaso y ya está.

—Entonces prefiere café.

—Si no es molestia.

—Usted es mi invitado. Soy suya...

«No dudes, Morgan», oyó decir a Obdulia, siempre tan práctica y, en ocasiones, tan certera. Y pensó: *qué puta es esta muchachita*.

Pero el tigre de Bengala miraba a Morgan de un modo apenas real y su esqueleto de policía viejo se estremecía en oleadas, como una embarcación en medio de una tormenta.

—Me he dado cuenta de que Roberto lo quiere a usted —declaró ella con la bandeja aún en las manos. El café humeaba discretamente. Para Morgan ese era el olor típico de la mañana.

—Gracias... así que Roberto me quiere.

—¡Oh, sí! Roberto es sabio. Conoce al género humano.

—Café extranjero... sabe muy rico —observó Morgan después del primer sorbo.

—Nada de eso, es cubano. Yo misma lo preparo.

—Pero sin chícharos, ¿no?

—Es un secreto —Sonrió Gaviota.

*Entonces tiene su poco de chícharos*, pensó concluyente el policía. Ella había extraído una caja de cigarrillos y le brindó. Morgan estaba dejando de fumar, aunque de eso hacía dos años.—Está bien —dijo y lo encendió—. Uno más, uno menos...

—Apruebo su actitud, Morgan. Los placeres finales jamás se rechazan.

Roberto había cerrado los ojos. Dormía.

—No me explíco lo del tigre. ¿De verdad es manso? —preguntó moviendo las manos.

—Se lo he dicho ya, Morgan. Es un animal sabio, muy filosófico.

El policía negó con la cabeza:

—Yo le pregunto si es manso de verdad.

—Es tigre y es manso, si desea usted la precisión. Pero recuerde que las precisiones son, a la larga, formas de la mentira.

—Si usted lo dice...

Hubo una pausa durante la cual Gaviota miraba a Roberto con disimulo, pero insistentemente. Morgan al fin se había animado a probar las galleticas de mantequilla y coco, y ella le llenó otra vez la taza. De pronto escudriñó los ojos del invitado:

—Roberto duerme ahora profundamente, podemos ir a lo nuestro.

Morgan entendió, pero no daba el menor crédito al evidente significado de la frase.

—¿Lo nuestro?

«No dudes, Morgan», escuchó.

—No me vaya a rechazar —rió Gaviota—. Recuerde que los placeres finales...

Estas palabras quedaron en suspenso, igual que Morgan porque ella había descornado el zíper del policía y acariciaba sus testículos. Él se abandonó a las manos de la joven, y también a su boca. Gaviota iba consiguiendo una cautelosa erección.

—Yo ya no puedo, muchacha —dijo neutramente Morgan, invadido por una mezcla de desamparo y agradecimiento.

Gaviota logró que el hombre se levantara de su asiento. Y sin ruido, para no despertar a Roberto, entraron en el cuarto.

—Te dije que ya no sirvo. No tenías que insistir.

Morgan no hallaba dónde poner los ojos. El tigre de Bengala lo miraba con una dureza espectral. Gaviota se retorció las manos. Levantó la cara, tímida:

—¿Y si probamos de nuevo?

Morgan se rebeló:

—¡No puedo, coño! ¿No puedes ver que no puedo, que soy un viejo de mierda?

El tigre se levantó y avanzó hacia Gaviota. Ella palpó su cabeza colosal morosamente.

—Uno de mis dones, sólo uno... —susurró tranquila.

—¿Cómo?

Morgan no comprendía. No comprendía porque ella sí había experimentado un orgasmo delicioso bajo su boca de policía interrogador, aunque a él aquello no le valió de nada. ¿Qué quería entonces?

*Seguramente le da pena cobrarme, pensó.*

Era eso. ¿O no?

—¿Usted sabe, Morgan? Tengo muchísimo dinero...

«No dudes, Morgan».

*Ahora sí me va a decir que no quiere cobrar el servicio.*

—Supongo —dijo él—. Esos animales cuestan una fortuna.

—Roberto es un regalo de los dioses.

Iba a preguntarle si los dioses regalaban tigres, pero optó por callar. Y aunque veía que Gaviota estaba a punto de mencionar un asunto importante, algo lo empujaba a la búsqueda de Obdulia, con sus insultos o sin ellos.

—Mire, Morgan. Este dinero es para usted... por las molestias.

—¿Molestias? No te preocupes —y se incorporó, sonriendo—, ya me voy.

Fue entonces cuando el tigre, silenciosamente, dio un salto y cayó frente a la puerta.

—Compréndame, usted debe aceptar ese dinero, disfrutar de él... —dijo ella como si tal cosa —¡Oh!, ¿no le dije que Roberto lo quiere? Tanto, que no acepta con facilidad su partida.

Morgan, mareado y pálido, regresó a su asiento.

—Le traeré agua y más café, quite esa cara.

Cuando Gaviota regresó con el segundo servicio, Morgan, que después de todo seguía siendo un hombre muy obstinado, le dijo:

—Toma, es demasiado y no sabría qué hacer con él.

Gaviota vio, derrumbada, la mano que Morgan le extendía. Cogió el sobre y sacó el fajo de billetes, acariciándolos.

—No le creo. ¿De verdad no sabe qué hacer con diez mil dólares?

«No dudes, Morgan».

—Se lo juro. Ni hijos tengo, ya se lo dije.

—Sin embargo...

—Escuche: soy demasiado viejo para meterme ese lío en la cabeza. Además, mi mujer es alcohólica... usted sabe, ¿no se lo he contado?

*Cien billetes de cien, nuevos, ¡negocio malo!*

—Usted odia la aventura.

—Todo tiene su tiempo, hasta el tiempo de morir.

Gaviota miró preocupada a Roberto, que tenía el cuello tenso:

—Precisamente.

Aunque a Morgan aquellos grandes folios, escritos con una caligrafía suntuosa, no le suministraban ninguna emoción, él los había revisado pacientemente. Gaviota dibujaba y desdibujaba en el acomodo de su boca el ansia que ya iba sintiendo. El tigre, reservado y principesco, no se movía.

Morgan meneó la cabeza:

—Si no me dice qué es..

Ella suspiró:

—Es el manuscrito de una novela muy famosa. Si usted firma la tapa, se convertirá en algo auténticamente suyo.

«No dudes, Morgan».

—¿Y qué voy a conseguir yo con eso, criatura? Nadie me va a creer, nunca me ha dado por ser escritor.

—Un instante después de firmada la tapa, su identidad cambiaría. Usted se convertiría en el verdadero autor de este libro...

*Qué muchacha más loca, Dios mío.*

—Mira, Gaviota... Gaviotica... —el diminutivo se acompañaba de una caricia en el pelo de la joven —ahora sí tengo que irme, ¿entiendes? La próxima vez...

Ella se desesperaba. Se puso de pie.

—Necesito una pastilla —dijo antes de desaparecer tras una gruesa cortina.

Por unos minutos Morgan quedó a solas con la fiera.

—No habrá una próxima vez —escuchó decir. Era la voz de Roberto, el tigre de Bengala.

Pero Morgan, hombre obstinado, no creía:

—¿Fuiste tú quien habló, Roberto?

«No dudes, Morgan».

—Yo mismo, tonto.

*Imposible, los animales no hablan. Y éste, menos.*

—Eso es imposible, no puedes hablar.

—Eres un viejo tonto, pero te voy a ayudar. Escucha: Ella ha venido a llevarte. Tu tiempo entre los vivos ya se cumplió.

*Qué locura, Dios. Ayúdame, Dios.*

Morgan se dio cuenta. Empezó, más bien, a darse cuenta.

—¿Es que voy a morir?

«No dudes, Morgan».

—Te toca morir. ¿Acaso no eres un viejo que no sirve para nada? Morgan sacó fuerzas de un lugar ignoto:

—Sí, pero yo no quiero morir todavía.

—Lo sé bien. Por eso he decidido ayudarte.

—¿Cómo?

Roberto se irguió, mostrando una dentadura envidiable:

—Pídele que te devuelva la juventud. Es un recurso extremo, no una solución.

—¿Y si no acepta?

—La Muerte está siempre obligada a regalar uno de sus dones. Has evitado el amor cuidadosamente (no creas que no me percaté) y rechazaste el dinero y la fama. Tienes derecho ahora a pedir.

—Gracias—le dijo Morgan al tigre y respiró con fuerza.

*Adelante, Morgan. Ahí viene.*

La visión se le antojó insoportablemente espantosa, pero cerró los ojos y le exigió a Gaviota que le devolviera su juventud. Después de sus palabras, dichas con voz clara, hubo un frío silencio.

Morgan Pérez abrió los ojos. Estaba de nuevo en el Parque Central y ya era de día.

Una mujer se había sentado a su izquierda. La miró: se trataba de Obdulia. Pero de una Obdulia joven (que entonces no bebía), cuarenta años atrás. La examinó receloso, con intensidad:

—¿Obdulia?

Ella arrugó la frente:

—¿Por que me miras así?

«No dudes, Morgan».

—Te ves muy bien, es eso.

*Funcionó... qué suerte, Dios. Mi Dios. Gracias.*

—Creo que no se nos olvidó nada —afirmó ella algo triste.

Había dos maletines cerca de allí.

—Vámonos a casa, Obdulia.

—¿A casa? No entiendo...

—A casa, quiero irme a casa. Ahora.

—Te vas a buscar un problema, Morgan. Los autobuses ya están ahí, míralos.

En efecto, la fila de autobuses estaba a un costado del parque, asediada por una multitud bulliciosa.

*Dios mío, Dios mío, no me abandones, te lo ruego.*

Se levantó y comprobó que de nuevo era joven. Apenas un esfuerzo y ya estaba de pie.

—Obdulia.

—Dime.

—¿Has pensado en la muerte?

—Ya te decidiste a ir, Morgan. ¿A qué viene eso?

—No sé.

—Tú lo sabías. Sabías que la muerte era una posibilidad. Hay guerra allá, ¿no? Si lo hubieras pensado mejor...

*Dios mío, Dios mío, otra vez no, otra vez no.*

«No dudes, Morgan».

—Yo no tenía opción, Obdulia —le dijo con un cansancio enorme, inabarcable.

Era Angola, otra vez Angola.

Filosóficamente hablando, el soldado Morgan Pérez era apenas una borrosa individualidad dentro de la caravana. «Seiscientos hombres en pos del amanecer», decía el capitán Floro, su capitán, con un irrefutable y coreano acento declamatorio.

Fumaba Morgan despacio su cigarrillo, enganchando y desenganchando, para no dormirse, la correa del fusil.

Aquel lluvioso día de octubre el mayor Restrepo comentó de pasada que no había atrasos comprometedores y que se podía parar en el río durante una hora. El río era, por allí mismo, una masa parda bastante limpia que se estrechaba donde los juncos, aferrados a una arribazón de materias disímiles, constituían una colonia de belleza aceptable.

Cerca de las siete de la noche, bajo el débil resplandor del poniente, el soldado Morgan Pérez relejó por undécima vez una de las dos cartas de Obdulia. Tenía los testículos hinchados de tanta abstinencia —odiaba masturbarse, temía a las negras —y se quitó la ropa con intenciones de meterse en el agua. Al hacerlo no pudo evitar la erección. Y como no quería de ningún modo que lo viesen, entró en el río y nadó un poco.

Detrás de los juncos, un par de metros más allá de la arribazón, comenzaban los arbustos a adueñarse de la sombra. Los juncos aún llevaban impregnada cierta claridad.

*Es rico vivir.*

Entonces sí se hizo de noche.

Morgan flotó un rato bocarriba. Había estrellas, después de todo.

Y hasta una especie de luz anaranjada...

El disparo y la explosión le parecieron simultáneos a Morgan, que en ese instante soñaba con el cuerpo generoso de Obdulia. A continuación empezaron las ráfagas, los gritos, el ruido entero de la emboscada.

Los hombres iban abandonando el río rápidamente, en dirección a los camiones, aunque algunos no alcanzaban a hacerlo.

*Dios mío, Dios mío, Dios mío.*

El capitán Floro daba órdenes coreanas, alucinantes y terribles.

A Morgan se le ocurrió esperar un poco: dondequiera había balas de sobra.

«No dudes, Morgan».

*Dios, Dios, ayúdame.*

Bordeó la arribazón pegado a los juncos y respirando como un fuelle. Le era preciso ganar la mancha de arbustos. Su angustia no consistía, sin embargo, en la posibilidad de que lo matasen —él confiaba en sí mismo y en aquel firme regreso de su juventud—, sino más bien en el hecho de verse, por un tiempo impreciso, desnudo.

El tiroteo arreció. Y los extraños gritos de Floro.

—Oye —escuchó.

La voz provenía de lo espeso y Morgan se alegró de que hubiera alguien más a salvo de la emboscada.

La voz se oía cerca:

—Oye, Morgan.

El dueño de la voz lo habla reconocido y Morgan no supo si alegrarse de nuevo.

*Bueno, así debe de ser mejor.*

—Aquí. Estoy aquí —admitió.

«No dudes, Morgan».

—Hola —dijo la voz detrás de él. Morgan se volvió, olvidándose momentáneamente de su desnudez.

Roberto, el tigre de Bengala, estaba allí.

De su mirada verdiamarilla escapaban la serenidad y la expectación.

—Qué tal. ¿Has visto, Roberto? Nos tienen emboscados...

—Pues sí.

Morgan se sentía muy nervioso. Se lo dijo:

—Ya nos conocemos, Roberto —rió a medias, desde una mueca—. Pero me pones nervioso.

—Lo siento. Aunque ya no eres aquel viejo tonto.

—Es verdad, ahora soy joven. Gracias a ti.

El tigre bajó la testa colosal:

—No me lo agradezcas. Se me ha ordenado conducirte al Reino de los Muertos.

Morgan tuvo ganas de orinar.

—¿Y mi juventud? Mi juventud no ha terminado...

—Bueno —dudó el tigre, señalándole a Morgan el pecho con una garra atroz—, yo no me atrevería a afirmar eso.

En realidad no había sentido el balazo. Y la herida (una boca pequeña y de bordes quemados) no le dolía.

—Vaya, me dieron... —masculló.

—Te mataron —rectificó el tigre.

—Qué clase de mierda. Esto no se le hace a un hombre.

—Imagínate —el tigre se encogió de hombros.

—Ustedes me han engañado.

Por primera vez Morgan se sintió débil, pero con una extraña y soñolienta debilidad. El tigre unió una ceja con la otra:

—No te quejes, todo ha sido rápido y justo.

—¿Fue cosa tuya o de Gaviota?

Aun cuando era de Bengala, al tigre se le escapó un suspiro:

—No has entendido nada, Morgan. Nada.

—Estoy muerto. Eso es lo único que entiendo.

—Que pena, amigo.

Morgan se enfureció:

—Pena... ¡pena ...! Habría preferido luchar contigo, pelear con una fiera como tú.

—Soy un tigre de lujo, bastante ideal. Un poco metafórico, por así decir.

«No dudes, Morgan».

—No debí confiar en ti.

—¿En mí? Viejo tonto...

*Dios, Dios.*

Morgan empezó a reflexionar, pero con aquella creciente debilidad alcanzó tan sólo a decirle:

—Tengo sueño, voy a dormir un poco antes de seguir hablando contigo.

—Duerme y descansa, Morgan —le ordenó dulcemente el tigre de Bengala.

No bien hubo dejado de oír los últimos tiros de la emboscada, empezó el cielo a aclararse, en el Parque Central, por arriba de su viejo cuerpo.